

Sexualidad y género en subversión antropológica¹

Blanca Elisa Cabral

Dpto. de Antropología y Sociología
Universidad de Los Andes

Introducción

En la coyuntura actual de los vertiginosos cambios socio—políticos y culturales así como de revisión crítica y reestructuración de las ciencias, frente al estallido de los grandes paradigmas, es propicio al clima intelectual de reflexión crítica sobre el modo de abordar el conocimiento desde las ciencias sociales, para cuestionar las propias concepciones, presupuestos y fundamentos, remover patrones de pensamiento y movilizar el foco de la visión centrada en el modelo científico dominante (cientificista, determinista, mecanicista, cuantitativista, reduccionista) que ya ha revelado su desgaste e insuficiencias como paradigma de la ciencia occidental y, que sin embargo, sigue enquistado a las ciencias sociales y humanas, parcelando el conocimiento, fragmentando a la persona y su conducta en compartimentos estancos, simplificando la complejidad, cerrándose a las múltiples interrelaciones y codeterminaciones de los fenómenos humanos y cubriendo de opacidades el conocimiento.

Querámoslo o no reconocer, seguimos atados a estructuras de pensamiento ancladas al siglo XVII, que, aún hoy, marcan nuestra manera de percibir, explicar, comprender y relacionarnos en y con el mundo, la naturaleza, la cultura, y con nosotros/as mismos/as, bajo una visión racionalista y empirista, física y mecánica, medible y cuantificable, objetiva y controlable, que ha cristalizado en la fijación paradigmática de Occidente: la división cartesiana y la visión newtoniana del mundo, arraigada a códigos de orden determinista regidos por leyes consideradas fijas y absolutas.

El estallido de los paradigmas² fundantes de la modernidad y la corriente de los cambios en curso, estimula la reflexión crítica sobre las ciencias sociales en la coyuntura teórica que se fraguó en el fin del siglo XX e impone el desafío de una arqueología de la

mirada que nos devuelva al pensar fecundo, a revisar las concepciones y fundamentos con que hemos aprendido a mirar el mundo, a nosotros/as mismos/as y lo que hacemos, para mirar/nos, pensar/nos y relacionarnos de otra manera³.

Esta perspectiva plantea el ejercicio deliberado y consciente de una práctica insoslayable del proceso mismo de la actividad científica humanística, la necesidad de una reflexión crítica sobre la ciencia y, ello supone una honda revisión de nuestra concepción y modo de hacer ciencia, a lo que subyace una profunda reflexión sobre nuestras propias estructuras de pensamiento que pasa por una remoción de las estructuras del conocimiento, donde es posible encontrar el “humus” de la investigación bajo —otra— forma de mirar y concebir lo que hacemos.

“Las ciencias humanas encuentran en este terreno un desafío fundamental: el movimiento las trastoca, arrasa muchas de sus certidumbres, desplaza las fronteras que delimitan territorios de especialización.” (Balandier, 1993:231)

En el curso de este movimiento de inestabilidad y “desorden” (en el sentido de Balandier), de quiebre de certezas, de crítica de la razón, de resquebrajamiento de las ideologías y dogmas que sostenían el “sólido” andamiaje científico; las ciencias sociales enfrentan la disyuntiva de: ***queclarse fijadas*** a viejos paradigmas que se han mostrado insuficientes para dar cuenta de la complejidad y diversidad del mundo social, de las relaciones y problemas humanos, ***o aceptar el desafío*** de cambiar su visión del mundo, abriéndose hacia otras miradas posibles del conocimiento y de las relaciones individuo/especie/naturaleza/sociedad/cultura, que forman con el conjunto de lo viviente una tupida red de relaciones.

Ahora bien, ***si*** partimos de que la antropología es una de las ciencias sociales que busca dar cuenta de la complejidad, especificidades y la múltiple diversidad cultural de la experiencia humana, ***entonces***, como ha señalado Morin (1984), por su misma episteme, es una ciencia que contribuye significativamente a fundar las bases del conocimiento; de allí, que en el movimiento de replanteamientos antropológicos, el estudio de ***la sexualidad y el género*** significa un reto para la investigación antropológica como ***referentes críticos y modos de conocimiento*** del comportamiento humano en la complejidad y diversidad que nos muestran los distintos pueblos y culturas.

Cuando la Antropología reflexiona sobre sí misma

“Esta reflexión es esencialmente un repliegue, una mirada hacia atrás y en lo interno.. una mirada sobre la mirada”. (Ferraroti , 1981:6).

En momentos en que la antropología crítica revisa sus propios presupuestos y fundamentos, es importante la reflexión sobre sí misma, sólo que la dificultad para hacerlo es intrínseca a la misma ciencia, y se requiere de una vigilia epistemológica y ético/crítica, procurando poner distancia, **des- enfocar** la mirada, movilizar la visión para cambiar la perspectiva y la amplitud de la mirada/perceptiva, como —otro modo— de aproximación al conocimiento. Como afirma Morin (1995):

“La reflexión supone un verdadero distanciamiento del investigador respecto a lo que cree, a lo que sabe, a lo que percibe respecto al objeto de su estudio y a sus hipótesis fundamentales.. La reflexión empieza a partir de una segunda mirada ... Esta segunda mirada, por una parte, nos remite a los problemas centrales, y por otra, favorece el ejercicio de la duda científica, y por ello mismo, el ejercicio de la imaginación”. (p. 62).

Esta actividad de distanciamiento, que habla de concepciones, métodos, fines, objetos y sujetos, nos posibilita mirar desde diferentes ángulos, espacios, formas, momentos y recovecos; y, así **problematizar** epistémicamente la misma disciplina: ¿Qué se investiga?, ¿Cómo aborda el conocimiento?, ¿Cuáles son sus presupuestos, fundamentos, postulados, categorías y teorías?, ¿Qué problemas de investigación le interesan?, Investigar lo que se hace, ¿Para qué y para Quién(s)?, ¿Cómo y Quién(es) lo hace(n)?

Esa distancia no significa separación/disociación/disyunción del sujeto — objeto bajo la impronta positivista que define —a priori—, externamente el ámbito que se investiga en oposición con el sujeto investigador, sino un proceso reflexivo de interacción recíproca (de toma de posición) con el contexto que se investiga. Se trata en primera instancia, de una reflexión sobre la mirada y fundamentalmente, sobre **la mirada fragmentaria** y **la centralidad de la mirada**, mediante la cual construimos formas de representación del mundo y modos de abordar el conocimiento anclados en el logocentrismo occidental⁴.

Cuando la antropología reflexiona sobre sí misma, comienza la tarea de des- centrar la mirada, de desplazar/desmovilizar sus fijaciones (etnocéntricas, logocéntricas,

androcéntricas) y, se abre a la posibilidad de la mirada interna, creadora, interpretativa, hermenéutica, plena de significación.

Este ejercicio reflexivo/heurístico de interrogación constante, de deconstrucción, es propicio para hacer —“que entren” — (no sólo los problemas centrales sino también aquellos periféricos, arrinconados por **la mirada oblicua** de quién no quiere o no sabe verlos), problemas potenciales de investigación, que no han sido considerados objeto de estudio antropológico, han sido marginados, encubiertos, invisibilizados, excluidos o sesgados, y posiblemente, nuestros propios sesgos y prejuicios no nos han permitido “descubrirlos” en las rugosidades de una antropología cientificista, técnica, rigurosa, objetivista; cuando lo que se requiere de una antropología crítica, es que estos problemas “**de la otra orilla**” se muestren, se develen, se describan, analicen, se presencien, se interpreten... en fin, se nombren.

La sexualidad y el género son construcciones culturales cargadas de simbolismos, lenguajes, comportamientos y significados; de pluralidades, incertidumbres, subjetividades e intersubjetividades, y una gama de determinantes muy diversos, que reclaman esa — otra — mirada antropológica de deconstrucción del logocentrismo, de desestabilización de las “certezas irrefutables”, de descentralización e interpelación de las leyes y códigos culturales que atraviesan cognitiva (discursiva) y afectivamente la vivencia de la sexualidad y las relaciones de género.

Estrategia que implica, así mismo, una subversión del discurso social de la sexualidad y del género, una reinversión del marco de un conjunto de principios, códigos, reglas, prácticas, categorías. Lo que implica una reescritura de la racionalidad⁵ que está en la base de los mitos, las tradiciones, el lenguaje, las imágenes, las creencias arraigadas, de las dicotomías ancestrales, de los universales... que habitan la sexualidad y las relaciones entre los sexos. Lectura crítica que conlleva también una recomposición de la materialidad simbólica que plena de sentido y significación estas prácticas humanas.

Sexualidad y Género al alcance de la Antropología

Según argumenta Krotz (1999:77), la característica principal que distingue la antropología del resto de las ciencias sociales está en que aborda los fenómenos socioculturales desde la perspectiva de la alteridad. En el mundo de la vida, el yo se

reviste de sentido en relación con el otro, con los otros, cuando compartimos el mundo en unidad recobrada. En este contexto de significación, la sexualidad, plena de significaciones en su extraordinaria plasticidad y diversidad, como experiencia —del yo— en sus formas de relación y ámbito subjetivo del deseo, ***nos sitúa en el terreno de la alteridad***, atravesada simbólicamente por las diferencias, la mismidad, la diversidad, lo que se pone en juego en la construcción psíquica y cultural de los procesos de intersubjetivación, enclave de las identidades como repliegue de la mismidad y reconocimiento del Otro.

Entreverado a los procesos de identidad y alteridad se asienta un conjunto de representaciones sociosimbólicas⁶ (sistemas discursivos anclados en creencias, preconcepciones, imágenes, conceptos, pensamientos, lenguaje, estereotipos) blanco de las relaciones de dominación y anclaje de las diferencias jerárquicas de género que nos escinde en masculino – femenino: terreno de la alteridad, donde la antropología tiene una veta de investigación en el proceso de visibilizar y deconstruir las relaciones de género, lo que induce otras formas de investigar la “realidad”, otra lectura del texto y el contexto social, muchas veces sedimentado en “universales”, en esencialismos, en sistemas de dominación de estructura patriarcal y en “constantes antropológicas”.

Por otra parte, el universo simbólico de la sexualidad es de tal complejidad y diversidad, que encierra lenguajes inéditos que no sabemos leer, mensajes que no acertamos a des/cifrar, gestos y comportamientos que nos confunden e inquietan, porque quizás hablan de nuestras propias oscuridades e incertidumbres, pero que habitan la(s) sexualidad(es) que brotan difusas del subconsciente o saltan inadvertidas en nuestros actos; cuerpo, deseo y placer que se fragmentan y disocian, porque hemos aprendido a sentir obnubilados a través de la red de un discurso social que todo lo parcela, clasifica, opone, divide, entre los casilleros del bien y el mal, la mente y el cuerpo, lo permitido y lo prohibido, lo natural y lo cultural, el hombre y la mujer, lo masculino y lo femenino... polaridades que ***no son absolutas, ni esenciales, ni universales*** y que es necesario visibilizar para esclarecer, desmontar para deconstruir. Como bien afirma Nieto, (1993)

“En la investigación, análisis e interpretación de la sexualidad no hay absolutismos. No existe la verdad absoluta. Es inalcanzable. La expresión sociocultural de la sexualidad es la cara polivalente de la diversidad,

donde la antropología tiene que desenredar series de fenómenos opuestos heterogeneidad versus homogeneidad, centralidad versus marginalidad, fobia versus filia, coherencia versus singularidad, regulación versus transgresión, consistencia versus debilidad, determinismo versus posibilidad, certidumbre versus inseguridad, sociedad versus sujeto... uniformidad versus diversidad. Estos son los paradigmas de la teoría cultural de la sexualidad. La antropología, descansando sobre estos pilares parece estar <confortablemente> asentada, aunque el escenario se caracterice por la inestabilidad. Pero, hoy día, no hay lugar para paraísos". (p. 40).

De manera que identificar, visibilizar y deconstruir estas dicotomías que intervienen en la sexualidad, es una de las principales tareas de la antropología del nuevo milenio, si emprende el compromiso de la tarea crítica y la deconstrucción de las estructuras conceptuales inscritas en el sistema sexo/género en una relectura antropológica de ese universo sociosimbólico tan cargado de corporeidad, de intimidad, placer y afectividad, tan cerca del inconsciente, pero tan lleno de la racionalidad occidental moderna que organiza las pautas de sentido de la sexualidad; descifrar su lenguaje, su imaginario, y entrar en el entramado intersubjetivo armado con los hilos del orden del discurso social, que tenemos que des-estructurar/dislocar/des-sedimentar apuntando a los fundamentos del logocentrismo occidental enquistado en nuestras estructuras cognitivas y afectivas, en nuestras prácticas y formas de relación.

Y, como acierta nuevamente Nieto (1993) “La mirada (y el tacto y su sentir, y el olfato y su registro y las voces y sus sonidos) antropológica y su recursiva etnográfica haciendo centralidad de la sexualidad no sólo innova, también reformula, reinventa, reimagina y refunda sus propias bases” (p. 26).

Por otro lado, si asumimos con Mansutti (1999) que, “La antropología es, por definición, el dominio conceptual donde la diferencia social se hace objeto de estudio” (p. 95), entonces, el género como un lugar fundante de las diferencias sociales a partir de las diferencias biológicas entre los sexos, es una fuente temática de relevancia antropológica como dispositivo crítico e incluso, en su tarea de deconstrucción de lo simbólico, como sostiene Butler (1987) alcanza un proceso de subversión cultural en ese margen de libertad, de opciones, que tenemos las personas en la interacción

sociocultural, cuando recibimos significados culturales, pero también los innovamos, lo que hace que el género adquiera una dimensión política de crítica y transformación del ámbito cultural.

Los estudios sobre sexualidad y género en su multidimensionalidad biológica, psicológica, antropológica, antropológica e histórica, abren una fecunda vía epistémica hacia una racionalidad distinta en las ciencias sociales, que permiten **rastrear los fundamentos antropológicos de la cultura** e impulsar el desmontaje de las relaciones de dominación entre los sexos y los dispositivos de poder; sobre todo, si tenemos en cuenta que la sexualidad es un blanco cultural de regulaciones, normas, tabúes y condicionamientos sociales, que aún hoy, —cercan la sexualidad y sus variantes— (como diría Foucault) entre relaciones de poder, saber y placer, a pesar de los cambios en el acontecer sociohistórico, de los avances científico técnicos y de la eclosión de paradigmas, con que hemos entrado al nuevo milenio.

Aún cuando sexualidad y género como problemas de investigación están al alcance de la antropología, aparte de los estudios clásicos, no abundan investigaciones antropológicas que los incorporen y les den un tratamiento como objetos de estudio de interés propiamente antropológico.

Desde la célebre obra *The sexual life of Savages in North-Western Melanesia*, 1932, de Malinowski; pasando por los de Margaret Mead, 1935-49; Ruth Benedict, 1935; Leiris, 1934; Murdock, 1937; Linton, 1942; Devereux, 1935-37; Ford y Beach, 1951 (por mencionar sólo algunos de los estudios pioneros en este campo); de los realizados por la antropología cultural y la antropología crítica, como los del antropólogo estadounidense Stanley Diamond, 1974; las novedosas investigaciones etnográficas, como los registros sensoriales de Stoller, 1984; y, más recientemente, los estudios de las antropólogas feministas, cuyas investigaciones en diferentes aspectos de la sexualidad y los estudios de género, son cada vez más numerosos y aportativos; **no se realizan** investigaciones sobre la sexualidad y el género como objetos de estudio tematizados, han sido más bien arrinconados en los márgenes de la antropología; por ejemplo, la sexualidad es subsumida en los estudios típicamente antropológicos, como el parentesco, el tabú del incesto, la división sexual del trabajo, los roles sexuales etc., el sexo aparece como marginal en el interés antropológico⁸ e incluso llevan por lo general, el sesgo sexista y androcéntrico que ha ideologizado el enfoque de la sexualidad en las disciplinas

que la abordan, como la psicología, la sociología, la psiquiatría, pasando por la antropología e incluso la misma sexología. No es de extrañar tampoco el vacío de asignaturas referidas al estudio de la sexualidad y el género, puesto que no se incorporan en los currícula de las carreras antropológicas .

De allí, el reto que reviste para la antropología en expansión, *no sólo* realizar investigaciones en áreas tan importantes del conocimiento humano, que tienen una controvertida dimensión sociocultural e histórica, *sino también*, abordar la sexualidad desde sus fundamentos antropológicos, lo cual, dada la dimensión epistémica de la misma antropología, la potencialidad heurística del estudio de la sexualidad y del mismo género como modo de relación entre los sexos y categoría analítica, se *abre* una vía fecunda en el conocimiento del comportamiento humano desde su diversidad cultural, así como la posibilidad de reflexionar críticamente sobre la misma cultura occidental. Como acierta a decir Weeks (1998) “Incluso se empieza a reconocer que quizás arroje luz sobre nuestro presente confuso y desconcertante” (p. 24).

La sexualidad y el género en su propia dinámica de variabilidad y contingencias en un proceso deconstructivo de los fundamentos de la cultura occidental moderna, corroe los “ismos” reduccionistas que parcelan y simplifican el conocimiento de lo social, hace un barrido de los pretendidos esencialismos, universalismos, relativismos, absolutismos, que se han convertido en evidencias científicas (sin olvidar las tan manidas “evidencias antropológicas”) reproducidas y legitimadas por la relación (identificada por Foucault) entre saber y poder.

Sexualidad y género se convierten en un dispositivo crítico de la misma cultura que los ha constituido como tales en el curso de procesos históricos, pues forman parte del proceso civilizatorio... sólo que, incomodan, inquietan por ser “elementos perturbadores” que muestran una sincrética gama de experiencias, comportamientos, emociones y sentimientos, de deseos y placeres, de confusión e incertidumbres, por donde se esconden o se asoman nuestros miedos e inhibiciones, nuestras “debilidades”, diferencias, variantes, singularidades, diversidades, “oscuridades”, contradicciones, ansiedades, “irracionalidades”, “disfunciones”, “patologías”, “desviaciones”..., y para colmo, resultan dispositivos amenazadores del sistema por que incitan la crítica, al avivar aún más el malestar en la cultura y desestabilizar los fundamentos, principios, valores, dicotomías, categorías y las diferentes interpretaciones de la realidad,

sedimentadas como andamiajes estructurales que sostienen el discurso social de la sexualidad y el género entre relaciones de saber, poder y placer. Bajo la influencia de las investigaciones de Foucault, acerca de la sexualidad como construcción cultural, entendemos con Vázquez y Mengíbar (1997) que,

“La sexualidad no es por tanto un fundamento sino más bien un precario objeto de época, un acontecimiento más o menos arbitrario y fortuito, una rareza histórica en torno a la cual se organizaron saberes, instituciones, tipos de sujeto, toda una forma de racionalidad.” (p. 29).

¿ Qué hay detrás de todo esto?

Una de las claves de inteligibilidad para comprender la dinámica de la sociedad contemporánea (y paradójicamente las resistencias al cambio dentro de las mismas ciencias sociales) está precisamente en la Modernidad, entendida como —lectura del mundo occidental— y en la constitución de la “Racionalidad Moderna” y su lógica de sentido instaurada como gramática del mundo para pensar lo social, y en consecuencia, una gramática del mundo para representarse el sexo y vivir la sexualidad y las relaciones de género bajo la constitución de una razón occidental.

La racionalidad moderna que caracteriza el pensamiento occidental tiene sus raíces en la filosofía griega, desde Sócrates a Platon, pasando por la fragmentación cartesiana que inaugura la modernidad y su eclosión en la revolución científica, de Bacon a Newton... configurándose como razón científica instrumental durante la modernidad hasta nuestros días. Se trata de una razón pensada como portadora de la verdad, que ha definido el saber filosófico y científico de Occidente, y que en el curso de sus transformaciones, se ha constituido en **razón práctica**, invadiendo todo el ámbito de lo social, económico, político, histórico y por supuesto, nuestras instituciones, proyectos, **saberes**, opiniones, creencias, hábitos, “intimidades”, prácticas y relaciones.

Nos preguntamos con Tourraine (1993),

“¿ En que descansa esa correspondencia de una cultura científica, de una sociedad ordenada y de individuos libres, si no es en el triunfo de la razón?” (p. 13)

Razón que ha penetrando incluso el mundo de las subjetividades de los hombres y las mujeres que lo habitan, convertida así en **razón subjetiva**, encontrando su fiel aliado durante la modernidad, "... en el universo cultural burgués e ilustrado que inventa el espacio de la subjetividad trascendental para reunir a todas las subjetividades bajo la legalidad común de la Razón"; principio de la filosofía moderna que, ya Descartes, recogía en su "**cogito, ergo sum**", según acota críticamente, Amorós (1991) bajo el principio de que "la razón constituye la sustancia de la subjetividad humana y es idéntica para todos los hombres, por lo que reviste una validez universal." (p. 29).

La razón se constituye en **el nudo de una red de problemas** que es preciso comprender dentro del modelo civilizacional¹⁰ que gobierna todas las representaciones. La racionalidad es por tanto, un eje codificador que se solidifica como lógica fundacional del ámbito de lo social, lo político, lo cultural, lo histórico, lo subjetivo e intersubjetivo —ámbito del sujeto—, de sus intimidades, de la pareja, de la sexualidad, de la relación hombre/mujer.

Se trata, como bien lo puntualiza Pérez (1997) de entender la modernidad en el sentido de disposición cultural, retomando así, "... la idea de la episteme foucaultiana que funciona no sólo como conjunto de nociones —código— como matriz orgánica civilizatoria, sino que conlleva una "tónica" que informa y afecta todo el universo simbólico y cultural." (p. 105).

Siglos de modernidad atravesando nuestras prácticas y mentalidades, nuestras instituciones y proyectos, situación que encuentra su legitimidad en el seno de una cultura secularizada que hace de **la razón** uno de los principios ordenadores del mundo individual y social:

"¿No es en nombre de la razón y de su universalismo como se ha extendido la dominación del hombre occidental varón, adulto y educado sobre el mundo entero, de los trabajadores a los colonizadores y de las mujeres a los niños?". (Tourraine 1993:14).

La Modernidad entronizó y divinizó el paradigma racional de occidente haciéndolo extensivo y de universal validez a todos los espacios de la vida humana.

Es este contexto teórico donde tenemos que situar el problema del género y la sexualidad, entre los nudos tensionales de un discurso social anclado a la configuración

de una razón, que ha sido, como afirma Weeks (en Nieto 1986:10) reducida a la racionalización del poder; el progreso ha sido la herramienta de los blancos, del expansionismo de Occidente; y el ser humano, su humanismo, el embozo de una cultura dominada por el hombre, que trata a la mujer como el Otro.

Sexualidad y Género atados a la Cultura¹¹

La sexualidad *no es sólo* un hecho natural determinado biológicamente es un proceso de interacción intersubjetivo y expresión de comportamientos, dada la condición sexuada como varones y mujeres *en contextos sociohistóricos y culturales específicos* y sometidos a procesos de socialización cruzados por las diferencias sexuales convertidas en desigualdades sociales entre los sexos.

Vivimos la sexualidad desde la interacción de un conjunto de procesos biológicos y psicosociales, como experiencia de vida y formas de relación a partir de nuestras diferencias biológicas, por lo tanto, es una experiencia de vida más allá de lo coital, genital y reproductivo; porque la sexualidad, no es sólo lo que hacemos, es lo que sentimos y pensamos, es lo que somos como personas en una determinada sociocultura y con una historia de relaciones de género/dominación, que delata los nudos tensionales que han aprisionado la vivencia y el discurso social de la sexualidad.

En este sentido, estamos de acuerdo en entender la sexualidad desde un enfoque multidimensional y complejo, como “una construcción histórica, que reúne una multitud de distintas posibilidades biológicas y mentales —identidad genérica, diferencias corporales, capacidades reproductivas, necesidades, deseos y fantasías— que no necesariamente deben estar vinculadas, y que en otras culturas no lo han estado. Todos los elementos constitutivos de la sexualidad tienen su origen en el cuerpo o en la mente, y no pretendo negar los límites planteados por la biología o los procesos mentales. Pero las capacidades del cuerpo y la psique adquieren significado sólo en las relaciones sociales”. (Weeks 1998:20)

La sexualidad no viene dada naturalmente, es un proceso contingente que se moldea a través de relaciones de poder de gran complejidad histórico social. No existe una forma de sexualidad natural biológicamente dada, a partir de la cual se expliquen conductas “normales”, preferencias sexuales, patologías o “desviaciones”. Hay un abanico

de posibilidades sexuales, diferencias y singularidades que dan lugar a diferentes prácticas, comportamientos, orientaciones, opciones e identidades sexuales; lo que sugiere, que la sexualidad es cuestión de relaciones personales y culturales (Weeks 1993).

Es una construcción sociocultural entrelazada a las diferencias individuales, a las complejidades propias del comportamiento humano en su interacción social, a la dinámica de la personalidad, a las motivaciones tanto biológicas como aprendidas e inconscientes y a modelamientos e influencias socioculturales. (Cabral 1999:234)

El sexo biológico socializado diferencialmente deviene género en un proceso biopsicocultural que implica, un transitar de lo biológico como condición de ser sexuados, pasando por lo psicológico como estructuración intrapsíquica y expresión del comportamiento a lo sociocultural como construcción, donde el género se establece como diferencia a través de la interpretación culturalmente mediada que le damos al hecho de vivir como hombres y mujeres.

En este orden de ideas, entendemos el género en una doble vertiente:

- ***El género como experiencia de vida*** e interpretación cultural (individuo/sociedad) de lo que significa ser hombre o mujer en una sociedad determinada, nos remite a su dimensión ontológica existencial y permite entender, cómo se internalizan y expresan las diferencias sexuales en la vida de los hombres y las mujeres en términos de relaciones asimétricas de poder.

- ***El género como categoría de análisis*** e interpretación teórico/crítica (científico/social) de las diferencias de género masculino y femenino, nos remite a su dimensión epistémica y permite explicar, cómo las sociedades construyen, desarrollan, institucionalizan, legitiman y reproducen las desigualdades sociales entre los hombres y las mujeres con base a la gran excusa biohistórica de las diferencias sexuales trastocadas en desigualdades sociales entre los sexos.

Expliquemos grosso modo, esta doble dimensión:

- ***El género desde el punto de vista existencial***, asume una dimensión ontológica, como uno de los ejes organizadores de la experiencia de vida cotidiana de los hombres y las mujeres,

construida sociosimbólicamente con base a las diferencias sexuales, a partir de la cual, se condiciona y determinan procesos de socialización diferencial, se asignan atributos, rasgos y características, según se trate de un varón o de una mujer, y se expresa en un conjunto de prácticas sociales desiguales, discriminatorias y en relaciones asimétricas de poder que limita a hombres y mujeres en su extraordinaria capacidad de ser persona.

- ***El género en su dimensión de análisis teórico/conceptual, epistémico/crítico y metodológico*** se refiere al uso, alcances y limitaciones como concepto y categoría analítica, y alcanza una posición de crítica deconstructiva, cuando actúa sobre los cimientos que sostienen, por ejemplo, conceptos y categorías, creencias y valores y ejerce un cuestionamiento profundo a las estructuras que operan como lógica de poder, para contribuir al desmontaje y deshacimiento de tales estructuras cuasinaturalizadas y sedimentadas al interior de los sistemas sociales fundados en las desigualdades, alcanzando, en este sentido, una clara dimensión política al desestabilizar e incidir en posibilidades de transformación.

Ahora bien, sabemos que el problema no está en las diferencias sexuales, sino en la imposición sesgada por una razón “logofalocéntrica” de esas diferencias —trastocadas— en desigualdades, en oposiciones y jerarquías que mantienen y reproducen las relaciones de dominación masculina.

Desde su dimensión epistémica/teórica, ubicamos el género como categoría de análisis fundante de las relaciones de dominación, el cual permite la reflexión crítica de las relaciones entre los sexos a través del análisis, desmontaje, visibilización y sobre todo, de un proceso de deconstrucción de los fundamentos asimétricos y jerárquicos entre los sexos y del cuestionamiento de los paradigmas y prácticas sexistas de masculinidad y feminidad.

Está claro entonces, que no podemos seguir ignorando el género, por ser uno de los ejes ordenadores de las relaciones sociales, que desde los estudios feministas de las últimas décadas ha sido reconocido dentro del mismo estatus epistemológico al igual que clase social, raza, etnia, edad etc., trascendiendo su importancia al ámbito de las ciencias sociales, como una categoría de análisis de las desigualdades

sociales, con especial énfasis en la dominación masculina/ subordinación femenina, que tiene que ser visibilizado, tanto **en su dimensión existencial**, en cuanto que forma parte fundamental del hecho constitutivo de ser hombres y mujeres dentro de sociedades, pueblos y culturas que organizan las relaciones y prácticas sociales en clave de género masculino/femenino, como en **su dimensión epistémica** como categoría analítica de profundo alcance y significación para entender y desmontar estructuras naturalizadas. Connota por tanto, un dispositivo simbólico de profundo alcance crítico desde sus fundamentos antropológicos.

El género es el símbolo de la escisión del sujeto humano en el par dicotómico masculino/femenino, es por tanto, un mito que recrea, revela y legitima la fragmentación, la dominación, la exclusión, la asimetría, la ruptura del ser bajo condicionamientos sociales. Entendiendo mito en el sentido que le da Barthes (1986), de mito como lenguaje, como sistema de comunicación, un mensaje investido de uso social que tiene por tanto, una carga discursiva, postula una significación, una semiósis, un sentido, lleva en sí, un mensaje y su desciframiento, en este sentido, es uno de los ejes simbólicos en el establecimiento de la subjetivación y la sexuación humana, que es necesario:

- Desmitificar, en términos de Barthes:

“Puesto que la historia humana es la que hace pasar lo real al estado de habla, sólo ella regula la vida y la muerte del lenguaje mítico. Lejana o no, la mitología sólo puede tener fundamento histórico, pues el mito es un habla elegida por la historia: no surge de la “naturaleza” de las cosas” (Barthes 1986:200)

- Deconstruir, siguiendo a Derrida, para designar un sistema crítico conceptual interno a la misma teoría que se critica, usando conceptos y argumentos propios de la teoría criticada (en Bleichmar 1998:35).

- Arqueologizar, en lenguaje de Foucault, para “descender aguas abajo” e indagar más allá de la superficie y rastrear el texto y el contexto en sus códigos y representaciones simbólicas de lo cultural/social.

- Ejercer una crítica sin complacencia de la cultura, en el sentido que le atribuye Nieto (1993) a la antropología de la sexualidad, esto es:

“...describir e interpretar; cuanto con más precisión mejor; las vidas sexuales de las personas; sus biografías eróticas, así como las situaciones contextuales donde se producen y ejercitan. Es decir; la carga de sexualidad, ontológica y emocionalmente expresada, que el individuo en su relación con el agregado social y cultural de su entorno mantiene”. (p. 39)

Sin embargo, la antropología no se ha constituido ajena a las presiones de la lógica de la dominación social discriminatoria y del discurso cientificista. Su quehacer científico no es neutro ni inocente, se nutre de los sistemas de dominación vigentes en la cultura de referencia y en la sociedad donde se ejerce. Uno de cuyos sistemas de dominación se expresa justamente en el sistema sexo/género y en la construcción de una razón sexual como saber científico dominante que, es y funciona como una lógica de género y, en consecuencia: “La lógica de género es una lógica de poder, de dominación” (Lamas 1995:33-34) reproduciendo el orden social tradicional que ha virilizado la cultura.

Acerca de algunos sesgos sexistas y distorsiones antropológicas

Antes de avanzar en la significación que reviste para la antropología la temática sexualidad/género en la construcción del conocimiento, tenemos que identificar los diferentes sesgos sexistas, así como la marginación y discriminación de ciertos temas y objetos de investigación referidos al sistema sexo/género y sus consecuencias, de modo de explicitar y reflexionar críticamente sobre dichos sesgos, procesos y consecuencias. He aquí, algunos a modo de referencia:

- Sexualidad y género, como temas u objetos de investigación antropológica, son tratados en general, en forma distorsionada, marginada o encubierta tras otros tópicos, más sociales que sexuales.

- Lenguaje sexista y uso de estereotipos sexuales como representación y práctica social androcéntrica de la cultura, que niega, invisibiliza o segrega la participación femenina, al utilizar, por ejemplo, vocablos exclusivamente masculinos y, en el caso de los estereotipos, al fijar a uno u otro género en determinados y rígidos atributos o rasgos que niegan la complejidad y la diversidad; por ejemplo, González (1991) en un estudio realizado sobre la mujer vasca, refiere que uno de sus atributos es ser limpia, lo

que no significa “... presentar a la mujer vasca siempre obsesionada con la limpieza, y hacer de ello un elemento de competición con otras mujeres, sería el estereotipar un atributo y convertirlo en una característica fija para todas las mujeres, carga de connotaciones peyorativas”.

- La mujer sigue relegada a su condición “antropológica” de genericidad, en términos de Agnes Heller, es decir, socialidad, historicidad, con toda su carga de discriminación sexual vivida por la mujer en su condición de género.

- Contrasentido epistémico, todo esto tiene una fuerte connotación gnoseológica y epistémica, por cuanto, la antropología distorsiona su propio discurso que busca precisamente definirse por la diversidad cultural que se propone investigar en los diferentes pueblos, sociedades, etnias y culturas. El sexismo antropológico pone de manifiesto esta fuerte contradicción.

- Visión fragmentaria que todo lo divide y separa, desde la división del mundo en polaridades y dicotomías (alma-cuerpo; naturaleza-cultura, etc.) a las divisiones de macho-hembra, masculino-femenino. Estas dicotomías aplicadas al hombre y a la mujer son el meridiano ideológico que separa descriptiva-valorativa y simbólicamente a la naturaleza de la cultura. El antropólogo/a tiene aquí, una estrategia política para apuntar a los peligros del empleo del lenguaje “naturalista”, desestabilizando categorías, conceptos, explicaciones y metáforas naturalistas sobre sexo/género. En este sentido, es importante abrir el debate franco entre biología y cultura en relación con el sistema sexo/género en antropología, ya que la dicotomía naturaleza-cultura ha sido solapada en la mayoría de los estudios antropológicos, al ser formulados en términos de temas sociales, asuntos que son claramente sexuales; debido a la tendencia en antropología a encubrir o vaciar de erotismo las prácticas, actividades, rituales, conductas y en general temas sexuales o de lectura biológica en prácticas sociales, en la que la sexualidad se presupone, pero se silencia bajo el discurso protector de la organización social.

Sexualidad y Género como dispositivos críticos

Ahora bien, la posibilidad que tiene la disciplina antropológica de identificar sus propias distorsiones, omisiones y sesgos sexistas, el aceptar y poner de manifiesto variaciones, diversidades y afirmar las diferencias simbólicas y culturales de ciertas

prácticas, ritos, actividades y costumbres sexuales en diferentes culturas e incluso, dejar al descubierto, determinadas pautas culturales, torna problemática la investigación antropológica porque atenta contra el orden social establecido, contra el discurso social dominante, la razón, los saberes y poderes e incluso atenta contra su prestigio, tradición y congruencia y contra valores culturales firmemente arraigados, aceptados y legitimados. Y en este sentido, se convierte en una ciencia que subvierte el orden establecido, esta es ya una tarea política, de cuestionamiento y transformación.

Por otro lado, al mostrar la antropología las significaciones de la cultura en la construcción de la sexualidad y el género, lleva a clarificar, desmontar, develar y deconstruir los cimientos mismos del discurso social entretelado a la sexualidad y al género y su visión naturalista – esencialista. En el sentido de ser el género una categoría antropológica, que se inscribe en/y reproduce un orden cultural patriarcal; lo que lleva a desestabilizar los pilares entre saber y poder, proceso arqueológicamente develado por M. Foucault (1977) al mostrar sus nexos con la sexualidad, no sólo como construcción cultural sino también como estrategia de poder para controlar la sexualidad.

En esta medida, la antropología pasa a ser una ciencia subversiva socialmente necesaria en la instauración y construcción del conocimiento de la cultura en su diversidad y complejidad multidimensional.

Al descubrir o mostrar, por ejemplo, que el sexo no es algo solamente natural (lo que interesa a las relaciones de dominación para mantener la visión de túnel del sexo natural bajo la visión biologicista) o que las diferencias sexuales (con sus funciones de gestación masculina y de reproducción femenina) son la gran excusa biohistórica para hincar las desigualdades sociales entre hombres y mujeres, esa antropología subvierte el orden cultural e incluso, su propio saber establecido tradicionalmente, y le asienta un fuerte golpe a las relaciones de dominación, a un saber etno-falo-céntrico, a los absolutos, universales y a las certezas científicas; problematiza su propia episteme de conocimiento a partir de la inclusión de la sexualidad y el género como elementos fundantes para ejercer una necesaria crítica antropológica de la cultura. Justamente porque sexo y género son algo así, como la piedrita que molesta la cultura.

En su tarea de deconstrucción, el/la antropólogo/a puede ayudar también a desmitificar el modelo coital como predominio de las relaciones sexuales al incentivar investigaciones acerca de las diferentes formas de expresión sexual en distintas culturas, como la significación de la sensorialidad, la importancia del tacto y los juegos eróticos preliminares al acto sexual en algunas culturas. Por ejemplo, en la Isla de Pnape. Hawaii, los enamorados pasan largo tiempo acariciándose y frotándose mutuamente antes de cualquier actividad coital, aspectos poco investigados, de gran alcance interdisciplinario (para la antropología, sexología, sociología, y la psicología) y un aporte vivencial como experiencia enriquecedora de la vida sexual.

La doble realidad sexo/género viene a alterar la antropología al quebrantar y problematizar epistémicamente la aparente neutralidad y objetividad de sus enfoques, teorías, categorías y prácticas.

Hay tensiones y procesos de poder dentro de las relaciones de género, que nuevas aproximaciones teórico/metodológicas de una antropología crítica, permitiría mostrar, al utilizar como supuesto fundamental de análisis, no sólo la categoría diferenciación sino relación, en el sentido del género como eje organizador de las relaciones sociales entre los sexos.

Otro aspecto, que creo conveniente considerar dentro de la necesaria crítica antropológica desde el sexo y el género en su labor de deconstrucción, es el viraje que permite darle a los planteamientos que se han formulado respecto a la familia tradicional y a la teoría de los roles, debido a que son experiencias construidas culturalmente trascendiendo el nivel individual del comportamiento. Una mirada a la situación actual, sobre todo en nuestros pueblos latinoamericanos, nos mostrará una serie de cambios que se han venido dando en nuestras familias, en sus estilos de crianza, en sus roles tradicionales, en sus relaciones y prácticas.

Interesa también investigar desde la antropología, la cosmovisión que subyace a la representación del género y la sexualidad, lo que se refiere a las representaciones del cuerpo, del sexo, del placer, sus expresiones e inhibiciones, a través de los mitos, historias y relatos de vida, representaciones sociales que permiten la reproducción (internalización y externalización) de valores simbólicos e incluso, mostrar procesos de legitimación de ciertos órdenes y expresiones de determinados comportamientos en diferentes pueblos y culturas.

Tampoco es suficiente decir que somos producto de una construcción sociocultural e histórica, en estos momentos, como afirma Clarac (1999) “Debemos pronunciarnos conscientemente sobre la naturaleza de nuestra naturaleza humana, si no queremos que nos cambien antes de que hayamos entendido lo que está pasando. Significa para empezar entender la naturaleza del cambio que se nos está exigiendo, y su razón de ser, a fin de poder dirigir conscientemente dicho cambio nosotros mismos y no que nos sea impuesto por nuestra pasividad y por no terminar de entender nosotros el alcance del momento histórico que estamos viviendo” (p. 1).

Hay que mostrar lo que hay detrás de la cultura que legitima ciertos órdenes, indagar, visibilizar, deconstruir el ethos de la sociedad, cuestionar sus instituciones. La crítica de la cultura que emerge de la antropología a partir y a través del género y la sexualidad, es por consiguiente, sin complacencias y hasta sus últimas consecuencias, entre otras cosas, porque connota un cambio en el análisis del acontecer del presente, una forma diferente de mirar el mundo en sus principios fundantes, e induce un proceso arqueológico en clave de deconstrucción, al intentar ir hasta los cimientos mismos del entreverado logofalocentrismo enquistado en el pensamiento y la cultura occidental.

He aquí, otras propuestas hacia una antropología como crítica de la cultura a través de la sexualidad y el género, como dispositivos epistémico/críticos con pretensiones deconstructivistas:

- Incorporar el estudio de la sexualidad y del género, en tanto construcciones socioculturales de significación epistémica para el ejercicio crítico/deconstructivista.

- Revisar críticamente desde la perspectiva de la antropología cultural y de la categoría de género, las investigaciones teórico/conceptuales y metodológicas sobre la sexualidad en sus diferentes dimensiones de análisis: biológico, psicológico, social, histórico y cultural con relación a sus fundamentos antropológicos.

- Identificar las distorsiones, omisiones y sesgos sexistas en los estudios antropológicos de la sexualidad que dificultan mostrar la complejidad sexual en sus múltiples variantes, diversidades y especificidades, tanto en sus cosmovisiones como en sus prácticas sexuales en diferentes pueblos y culturas.

- Analizar desde la perspectiva de género como categoría de análisis, las significaciones de la cultura en la construcción de la sexualidad a través del desmontaje y deconstrucción de los cimientos mismos del discurso social entretejido a la sexualidad.

- Analizar las posibilidades de realizar investigaciones sobre diferentes aspectos temáticos relacionados con la sexualidad y el género.

La tarea de mostrar, denunciar, descifrar, cuestionar, releer, desmontar, deshacer, deconstruir, reelaborar, reestructurar, recomponer... las representaciones simbólicas y los fundamentos de la sexualidad y del género, en sus vinculaciones e implicaciones socioculturales, nos lleva a distanciarnos y tornarnos escépticos/as acerca de “lo obvio”, las certezas y evidencias científicas del conocimiento dado, del dato y del poder de evidencias. Tarea que se convierte en un dispositivo crítico de la cultura y de sus montajes “naturales”, esencialistas, culturalistas (como el eterno femenino, la agresión del varón como condición innata, los orgasmos clitorianos inmaduros y los vaginales maduros, como “decretó” Freud, etc.) así como las relaciones de saber y poder entre el sexo y el género y, los mecanismos de socialización diferencial.

De manera, que siendo la antropología una ciencia de alcance humanístico y praxis social en su dimensión del conocimiento de lo humano, en relación a sus complejidades, singularidades, subjetividades, diversidades, que muestra e investiga diferentes estilos, costumbres, tradiciones, modos de vida y, desde sus métodos etnográficos, arqueológicos..., con recursos y estrategias cuantitativas y cualitativas, para indagar lo cultural/social, es una ciencia orientada a arqueologizar el conocimiento, a hurgar sobre su propio episteme, y es una ciencia, así misma, deconstructivista, que por su carácter epistemológico/teórico, puede ir hasta los pliegues del conocimiento que intenta alcanzar y, por su mismo objeto de estudio, puede acercarse a las complejidades e interconexiones de lo antroposociocultural.

Pienso que la antropología, cuando reflexiona sobre sí misma y cuando deje entrar —a través de otras miradas— aquellos problemas maltratados por el mismo ordenamiento social que los ha producido, es capaz de ejercer una crítica a la cultura occidental, a través de **ciertos dispositivos simbólicos** que aún hoy, forman parte del malestar que anida en la sociedad, porque de algún modo la representan e interpretan, pero también la subvierten.

Notas:

- 1 Una primera versión donde esbozo esta misma línea de investigación, ha sido publicada en el trabajo *Sexualidad y Género. Fundamentos para una Crítica Antropológica de la Cultura*. (1999) en *Hacia la Antropología del Siglo XXI*. Tomo II. 1999.
- 2 Estamos de acuerdo con Martínez, M. (1993) respecto a que el término paradigma no se limita a cada una de las distintas disciplinas científicas, sino que incluye la totalidad de la ciencia y su racionalidad y que no están en crisis los paradigmas de las ciencias, sino el paradigma de la ciencia en cuanto modo de conocer. Siguiendo este orden de ideas, nos interesa la concepción del término como modelo de pensamiento, según el sentido que le otorga Montero, 1993:14) "...que incluye tanto una concepción del ser humano como una concepción del mundo en que vive y de las relaciones entre ambos... un conjunto sistemático de ideas y de prácticas que representa relaciones e interpretaciones acerca de la actividad humana, acerca de sus productores, de su génesis y de sus efectos sobre las personas y sobre la sociedad, señalando modos preferentes de hacer para conocerlos" - No podemos dejar de referirnos también al concepto que da Morin (1982) de paradigma, como el conjunto de nociones matrices que generan y controlan el pensamiento, fundamentalmente por los miembros de una comunidad científica determinada.
- 3 Circunstancia que constituye un reto para la llamada Ciencia del Hombre, que tendría que revisar entre sus sesgos, el androcentrismo enquistado en el significado del nombre de la disciplina y en su concepción del hombre como medida de todas las cosas, que en su arrogancia universal ha engullido "en sentido antropológico", nada más y nada menos, que a la otra mitad de la experiencia humana.
- 4 Logocentrismo, término que significa palabra, verdad, razón y ley; es presencia y origen. Desde la filosofía griega, —el logos— se consideraba un principio cósmico universal que ocupaba el centro del ser humano, en el habla y en el universo. El logos es el método racional del diálogo socrático: En el logocentrismo, la verdad es la voz, la palabra o la expresión de una causa u origen central y absoluto. Es la visión centrada en la razón occidental convertida en paradigma de la ciencia moderna. El logocentrismo se mantiene, reproduce, legitima e institucionaliza a expensas del avance de la racionalidad científica instrumental, que en su afán de regirlo todo, penetra la sexualidad y las relaciones de género desde su mismo proceso de constitución mediante un conjunto de prácticas, reglas e instituciones (educación sexual sobre bases científicas, preocupación eugenésica, planificación familiar, higiene sexual; conjunto de prácticas médicas, psiquiátricas, psicológicas, jurídicas, educacionales, etc.)
- 5 Por racionalidad vamos a entender, "el sistema de reglas con pretensión de validez que orienta la acción de los hombres con relación consigo mismos (mundo subjetivo), con los otros (mundo social) y con las cosas (mundo objetivo). La experiencia de sí, de los otros y

- de los objetos se configura por la puesta en juego de esta racionalidad que adopta históricamente formas distintas. Éstas se encarnan en instituciones y discursos determinando los tipos de visibilidad posibles...” Vázquez y Mengibar (1997:40)
- 6 “Lo simbólico, socioculturalmente encarnado y concretado, ha venido tomando el nombre de **representación social...**”, entendida como, “un sistema de valores, ideas y prácticas que cumplen una doble función. Primero, establece un orden que permite a los individuos orientarse en su mundo social y **“aprehenderlo”**; y, segundo, facilita la comunicación entre los medios de una comunidad, proporcionándoles los códigos para nombrar y clasificar los diversos aspectos de su mundo, así como su historia individual y grupal” (Jodelete [1986] citado en Alonso 1998).
 - 7 Deconstrucción en términos del concepto desarrollado por el filósofo francés Jacques Derrida (1966) quien a su vez lo toma del concepto de Destruktion de Martin Heidegger (1889-1976) quien exhortaba a apartarse de la tradición ontológica del estudio de la Realidad Fundamental. Deconstrucción suele referirse a una lectura que apunta a la descentralización, es decir, a desenmascarar la naturaleza controvertible de todo centro. Para Derrida, el problema de los centros es que **intentan** excluir y al hacerlo ignoran, reprimen o **marginan** a otros (que pasan a ser lo Otro) En las sociedades en las que el hombre es la figura dominante, él es el centro, y la mujer el Otro marginado, reprimido, ignorado. (Powell, J. 1997: 23-25). Es obvio el sentido que esto tiene con relación al problema de la alteridad. Aclarando aún más el concepto de deconstrucción, ya que es relevante en las ideas que vengo exponiendo y sobre todo para las propuestas al quehacer antropológico, “significa, ante todo, desestructurar o descomponer, incluso dislocar las estructuras que sostienen la arquitectura conceptual de un determinado sistema o de una secuencia histórica; también, des-sedimentar los estratos de sentido que ocultan la constitución genética de un proceso significativo bajo la objetividad constituida y, en suma, solicitar o inquietar, haciendo temblar su suelo, la herencia no-pensada de la tradición metafísica (Peñalver, 1993:17).
 - 8 Nieto (1993) señala que en Estados Unidos no se reconoció oficialmente la antropología sexual hasta 1961 y que la situación en otros países occidentales es también precaria. Afirma que sin embargo, a pesar de “ciertas actitudes pacatas, el interés para estudiar la sexualidad humana, antropológicamente entendida, es un interés en fase creciente. La aproximación transcultural de los estudios antropológicos disponibles ha permitido la contrastación de hipótesis (y verdades) que se daban por válidas y universales, cuando en realidad han mostrado que, en el mejor de los casos, se trataba de verdades particularizadas en el ámbito occidental”. (p. 188)
 - 9 Una experiencia innovadora en este sentido, ha sido la iniciativa de la Prof. Jacqueline Clarac de incluir un seminario sobre sexualidad en la Maestría de Etnohistoria, Mención Etnohistoria. Facultad de Humanidades y Educación. ULA, en el cual dicté el Seminario sobre Antropología de la Sexualidad (1998). Actualmente dicto un Seminario sobre la

- Historia de la Sexualidad. También se incluyó un seminario sobre Género e Historia a cargo de la Prof. Carmen T. García (1997-98).
- 10 Seguimos a Ernst Cassirer (1973) quien caracteriza la Ilustración como modelo del pensamiento del siglo XVIII que marca la atmósfera cultural por el entrecruzamiento de la Razón, el Progreso y la Historia.
- 11 Intento no caer en enfoques deterministas (sean biológicos o socioculturales) pues me declaro en franca oposición ante posibles reduccionismos que parcelan el conocimiento, sin embargo, me interesa destacar la influencia de la cultura en la construcción de la sexualidad y del género, entendidos como formas de interacción de múltiples codeterminantes, siguiendo más bien, la tendencia de Edgar Morin (1984), respecto al paradigma de la complejidad.

Bibliografía

- ALONSO, LUIS.
1998. **La mirada cualitativa en sociología**. Edit. Fundamentos, Madrid.
- AMOROS, Celia.
1991. **Hacia una Crítica de la Razón Patriarcal**. Anthropos, Barcelona
- BALANDIER, Georges.
1997. **El desorden**. Gedisa editorial, Barcelona.
- BARTHES, Roland.
1986. **Mitologías**. Siglo Veintiuno editores, Madrid.
- BLEICHMAR, Emilce.
1998. **La Sexualidad Femenina**. Paidós, Buenos Aires.
- BUTLER, Judith.
1990. **Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity**. Routledge.
- CABRAL, Blanca.
1999. **Sexualidad y Género. Fundamentos para una Crítica Antropológica de la Cultura**, en Clarac, J. y otros (Editores). **Hacia la Antropología del Siglo XXI**. Tomo I. CONICIT, CONAC, Museo Arqueológico, ULA, Mérida

CASSIRER, Ernst.

1973. **Filosofía de la Ilustración**. Fondo de Cultura Económica. México.

CLARAC, Jacqueline.

1999. **Contribución para repensar la universidad Latinoamericana**. Ponencia presentada en el **II Encuentro Latinoamericano de Educadores Universitarios**. CALA, UCV, Caracas.

GONZALEZ – Quevedo R.

1991. **Roles Sexuales y Cambio Social**. Cuadernos de Antropología. Anthropos, Barcelona.

FERRAROTI, Franco.

1981. **Storia e storie di vita**. Roma-Bari, Laterzga (traducción libre con fines docentes).

FOUCAULT, Michel.

1987. **La arqueología del saber**. Siglo Veintiuno, México.

1997. **Historia de la sexualidad. La voluntad de saber**. Vol I. Siglo veintiuno, México.

KROTZ, Esteban.

1999. **Elementos Críticos en el futuro cercano de las antropologías Latinoamericanas** en Clarac, Meneses y Gordonas (Editores) **Hacia la Antropología del Siglo XXI**, Tomo I. CONICIT, CONAC, Museo Arqueológico, ULA, Mérida.

LAMAS, Marta.

1995. **Usos, dificultades y posibilidades de la Categoría de Género La Ventana**. Revista de Estudios de Género. N° 1. Universidad de Guadalajara, México.

MANSUTTI, Alexander.

1999. **La antropología que requerimos** en Clarac, Meneses y Gordonas (Editores) **Hacia la Antropología del Siglo XXI**. Tomo I. CONICIT, CONAC, Museo Arqueológico, ULA, Mérida.

MARTINEZ, Miguel.

1998. **Necesidad de un Nuevo Paradigma Epistémico**. Conferencia dictada en el **Seminario: Las Ciencias Económicas y Sociales. Reflexiones de fin de siglo**. Caracas, UCV.

MONTERO, Maritza.

1998. **Paradigmas, conceptos y relaciones para una nueva era**. Conferencia dictada en el **Seminario: Las Ciencias Económicas y Sociales. Reflexiones de fin de siglo**. Caracas, UVC.

MORIN, Edgar.

1984. **Ciencia con Consciencia**. Anthropos, Barcelona.

1995. **Sociología**. Editorial Tecnos, Madrid.

NIETO, José A.

1993. **Sexualidad y Deseo**. Siglo Veintiuno editores, Madrid.

PEÑALVER, Patricio.

1993. **Introducción** en Jacques Derrida. **La desconstrucción en las fronteras de la Filosofía**. Paidós/ICE-UAB, Barcelona.

PEREZ, Oscar.

1998. **Crítica Negativa y Razón Moderna**. Tesis Doctoral. FACES.UCV.

POWELL, J y HOWELL V.

1997. **Derrida para principiantes**. Edit. Era Naciente, Buenos Aires.

TIEFER, Leonore.

1995. **El sexo no es un acto natural**. Talasa Ediciones, Madrid.

TOURRAINE, Alain.

1997. **¿Podremos Vivir Juntos?**. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

VAZQUEZ G y MENGIBAR M.

1997. **Sexo y Razón**, Edit. Akal, Madrid.

WEEKS, Jeffrey.

1993. **El malestar de la sexualidad**. Talasa ediciones, Madrid.

1998. **Sexualidad**. Paidós, México.

RESUMEN:

En el presente trabajo, me propongo generar algunas reflexiones en torno a la necesidad de incorporar al interior de la investigación antropológica, los estudios sobre sexualidad y género como elementos clave para ejercer una crítica sobre los fundamentos antropológicos de la cultura. La sexualidad, como vivencia y expresión del cuerpo sexuado, y el género, como asiento social fundante de las diferencias sexuales entre los hombres y las mujeres dentro de un orden jerárquico de relaciones de poder, se constituyen en fuentes temáticas de gran riqueza sociosimbólica para la antropología, como dispositivos críticos/subversivos de los sistemas de dominación que pugnan en la cultura y habitan la sexualidad y las relaciones entre los géneros.

Sobre la base de estas reflexiones, me permito hacer algunas propuestas a la antropología crítica en clave de deconstrucción de la cultura.

PALABRAS CLAVES: sexualidad, género, crítica antropológica, cultura.

ABSTRACT:

In the present paper I intend to expose some ideas about the necessity to incorporate in anthropological investigations, studies concerning sexuality and gender as key elements for the critic of the anthropological foundations of culture. The sexuality, as experience and expression of the sexual body, and the gender, as social judgement that marks the sexual differences between men and women in the hierarchical order of power relations, constitute themes of great social-symbolical richness for anthropology, as critical- subversive devices of the dominion systems that are confronted in culture, and influence the sexuality and the relations between the genders. Basing myself on these ideas, I present some propositions to critical anthropology.

KEY WORDS: sexuality, gender, critical anthropology, culture.